

SE IMPRIME  
Por la Imprenta HISPANO-URUGUAYA  
CALLE DEL OLIMAR, 149  
SALIENDO LOS DIAS  
Martes, Jueves y Sábados  
POR LA TARDE

## SUSCRICIÓN

Por un año	\$ 10.00
Por seis meses	5.50
Por un mes	1.00
Número suelto	0.10
Número atrasado	0.20

## EL CLAMOR PÚBLICO

## PERIÓDICO INDEPENDIENTE

ADMINISTRADOR—SEBASTIAN B. TORRES

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN | CALLE DEL OLIMAR, Núm. 149

Los remitidos que revistan interés público se publicarán gratuitamente, pagándose á razón de 15 pesos columna los de interés particular, y en ningún caso se devolverán los originales.

No se admitirá escrito alguno que no esté amoldado á los principios del programa y garantido en debida forma. La publicidad de un escrito no autoriza la exigencia gratuita del número.

## ALMANAQUE

Domingo 15—Santos Pablo, primer enjilano.  
Lunes 16—El Dulce Nombre de Jesús, santos Fulgencio, obispo y confesor.  
Martes 17—San Antonio, abad y confesor.  
Sale el sol á las 4 y 50 y se pone á las 7 y 4.

## EL CLAMOR PÚBLICO

## SECCIÓN AMENA

LA CORRIDA  
(Continuación)

—Pues y la jaca! ¡Qué pie de oveja lleva colgando!  
Y exclamaba Felipín, compungido:  
—Papá, ¿que mata ya el toro al hombre?  
—No, no te asustes.  
—Como el hombre le ha hecho tanto daño! ¿Y qué es eso que lleva colgando la jaca?  
—Las tripas.  
—¡Y se las va a pisar del! ¡Se va á morir! ¿Y por que se monta el hombre sobre la pobreza?  
—Para que el toro acabe con ella.  
—¡Qué barbaridad! ¡Pues ya hay cinco caballos muerto!  
—¡Mejor!  
Y añadía Norberta:  
—Esto collaron de chico, como es la primera vez que viene, todo lo choca. Anda, hijo, que ya te irás acostumbrando.  
—¡Ya está en el suelo otra vez Camitolini!  
—¡Tumbón! ¡Fueral! ¡A picar á su parentel!  
—¡Es una buena puyal! ¡Buena, buona!  
—Aplaudo, Felipín.  
—Si se ha roto el licembre la en bezal.  
—¡Bravol! ¡Bravol!  
¡Banderillas!  
—¡Banderillas! ¡No lo entiendo usted! ¡No lo entienda usted!  
—Papá, ¿a quién silbas?  
—A la autoridad.  
—¡Andal!  
—¡Aquí están los niños bonitos!  
—¡Qué salidas tiene usted, señor Gatica! ¡Qué salidas!  
—Pues salta y lídate mejor.  
—Yo lo creo que lo haré.  
—Lo que tú, si; yo lo veo la coleta!  
—¡Calle charo, ó te suelto un tute que te parta!  
—¡Tú a mí! ¡No se da usted poco tolerancia!  
—¡Y usted pase en lo fino, un señorito de esos que tienen tres almuertos! ¡Arrastrón!  
—¡Silencio!  
—¡A la cárcel!  
—¡Fuera, fuer!

—¡Qué baile!

Eugenia sacó la botella y calmó á los contendientes.

Vaya, un sorteo de nectar.

Y beberon todos, empinando Norberta la botella á Felipín, que decía:

—Yo no quiero vino que voy á emborracharme.

—¡Chico, aérgate y calla!

—¡Aplauso descomunal! Gatica había puesto dos palitos como dos soles.

—¡Cáñamo da baten!

—Al cuarteto.

—Sesgadas.

Rumor general. Pausa de observación. Felipín al ver que el toro iba echando centellas detrás del banderillero, se tapaba la cara con las manos.

—¡Iamá que le cogí! ¡Tengomia di!

Cien voces gritaron.

—¡Qué lo cogí! ¡Qué lo pillé!

Toma el olivo! ¡Anda, anda!

Gatica cayó de bruca en la barrena y se levantó tambaleándose.

—No es mí! No es mí! Una batería

Y Felipín repatía halbuciento.

—¡Ha matado ya el toro al hombre!

Y su padre contestaba:

—Chico, diviértete y aplaudí. Y palmotea, ha dosladamente gritando: —¡Gatica, vale más oro que pesas!

—¿A qué tocan la trompeta?

preguntó Felipín.

—A la muerte.

—Pues vámonos.

—¡Catalina! Si ahora empieza lo mejor! Mira, a Patagorda, que está brindando. Ya viene al toro.

—Ves la espada y la muleta?

—¡Qué trasteo tan resino!

—¡Qué mino izquierdial!

—¡Mucho cuidad!

—¡No te metas, que te vi a faltar toro!

Eugenio y Norberta no respiraban.

Felipín ponía cara de difunto.

—¡Ahora!

—¡No te escantes!

—¡No bajes la po k!

—Este Patagorda tiene un tercar muy alegre.

—¡Ahora se sale! ¡Viyase usted al lumb!

El maestro pega una estocada en hueso y queda desarmado. El toro da un derrote y se viene al bullo.

Patagorda tropezó con la jaca muerta y resbaló. Todas las lengüas de la Plaza exclamaron:

—¡Ah!

y enseguida

—¡Oh!

Patagorda tué cogido, arrojado por lo alto, recogido y vuelto á arrojar.

—¡La estocada ha sido buena! ¡Májical!

—¡Ben, bien!

—¡Viva Patagorda!

—¡Vivá!

Patagorda, ensingrentado, está en tierra como muerto. Sáquito e hid el capote y sacó al toro asesino, por lo cual recibió palmadas, cigarrillos y sombreros. Llevaron entre cuatro al primer diestro, que presentaba la cara hinchada de un cadáver. El populacho miraba á Sáquito con profunda admiración.

Voz de Eugenia: —¡Sáquito, eres un valiente!

Voz de Norberta, ronca de entusiasmo: —¡Bendita sea tu madre!

Felipín, sin quitar la vista del semblante y de la sangre de Patagorda, decía furioso:

—¡Lo ve usted, madre, el toro ha matado al hombre! ¡Quiero irme! ¡Qué barbaridad! ¡Vámonos á casa!

—¡Chiquillo, si, eso no es nadie!

—¡No te da vergüenza llorar!

—¡Hijo si lo una estocada de miña sombra!

—¡Míri, míri á Sáquito que vi á matar. Diviértete, hombre!

Pero el chico, con el corazón apremiado, se levantó en ademán de marcharse. Su madre sacó la botella y le agió de un brazo.

—Espera, muchacho, y no tengas fundamento. Toma un sorbito, á ver si te pasa el arrechuchío.

Y el chico-hombre repetía:

—¡Madre, me voy á matar! ¡Vámonos á casa!

Norberta volvió en sí de su vértigo y al ir á levantarse, advirtió que el niño de mantillas parecía insensible, atetarrado, enfermo.

—Eulogio, estí visto que no se puede gozar con criaturas. Y que han muerto á este toro judío, —vámonos. Anda.

—¡Y ahora que la chiranga toca peteneras!

—¡Qué quiere hijo! —dijo suspirando y poniendo los dos dedos sobre la frente del niño, —está: —Tiene calentura!

Felipín seguía golpeando lo como el que lleva dentro una pena muy honda y al verse fuera de la Plaza se decía:

—¡Tengo hambre!

—Tene razón, contestó Norberta. Ya se me olvidaba que hoy no habíamos comido.

Llegaron á casa después de dos horas, entre ahogos del chico, ayres de la madre y acentuadas interjecciones del padre. El chiquitín no daba señales de existencia. Norberta le acercó al pecho á los labios, y... nada. Hubo que llamar al médico de la casa de socorro. Gastóse en pánico y náuseas, el miserio remanente de cuatro reales, único haber de la familia tenía. El médico recetó; y al nochecer, llevó Eulogio el consabido colchón á la casa de préstamos de D. Pascual, donde supo que Patagorda estaba espirando, noticia que oculó á Felipín. Este comió una manzana y un pedazo de pan, y quedó dormido, sonriendo con la lidiá.

A la mañana siguiente, oyóse gran desalido en la calle. El barrio al borde, contemplaba este cuadro: Getrudillas venía de la plazuela acompañada de Chafanditas. El muchacho se los esperaba detrás de una esquina, con la navaja de tres maletas, en siesta. Chafanditas al verle, huyó. Cosme le corrió toda la calle, y al llegar á la casa de Eulogio, entablaron su cuerpo á cuerpo. El pueblito tembló: la calle hervía. Felipín al ver el correr, se acercó á la reja, gritando con todos sus pulmones:

—¡Papá, mira la corrida; la corrida!

Cinco minutos dardó la escena: Getrudillas pedia socorro, puesta en cruz su acompañante defendiéndose con un garrote. El muchacho escudado le cogió la acción, atravesando de un certero navajizo el corazón de Chafanditas. El vecindario quedó mudo de horror.

Eulogio furioso exclamó:

—¡Qué barbaridad! ¡Méritas su hija!

—¡Papá, mira la corrida; la corrida!

—¡Vaya Patagorda!

—¡Vivá!

Patagorda, ensingrentado, está en tierra como muerto. Sáquito e hid el capote y sacó al toro asesino, por lo cual recibió palmadas, cigarrillos y sombreros. Llevaron entre cuatro al primer diestro, que presentaba la cara hinchada de un cadáver. El populacho miraba á Sáquito con profunda admiración.

Voz de Eugenia: —¡Sáquito, eres un valiente!

Voz de Norberta, ronca de entusiasmo: —¡Bendita sea tu madre!

Felipín, sin quitar la vista del semblante y de la sangre de Patagorda, decía furioso:

—¡Calle charo, ó te suelto un tute que te parta!

—¡Tú a mí! ¡No se da usted poco tolerancia!

—¡Y usted pase en lo fino, un señorito de esos que tienen tres almuertos! ¡Arrastrón!

—¡Silencio!

—¡A la cárcel!

—¡Fuera, fuer!

—¡Qué baile!

Eugenia sacó la botella y calmó á los contendientes.

Vaya, un sorteo de nectar.

Y beberon todos, empinando Norberta la botella á Felipín, que decía:

## 2º Epoca núm. 1746

## SUSCRICIÓN

Por un año	\$ 10.00
Por seis meses	5.50
Por un mes	1.00
Número suelto	0.10
Número atrasado	0.20

## ADMINISTRADOR—SEBASTIAN B. TORRES

bordados y da flojas dignas de principes?

Sencillamente un ladrón de alto vuelo que hi sucedido á buen número de sus compatriotas sumas enormes, haciendo tomar acciones y obligaciones de compañías absolutamente inigualables o habilmente falsificadas. Las denuncias presentadas hasta ahora en los tribunales ingleses son por esta cifra de este género que ascienden a un millón de pesetas; pero se sabe que lo robado por Wells asciende á una cifra muchísimo mayor.

Era un aventurero que á fuerza de genio y de audacia llegó á moverse en la alta sociedad masculina de Londres, tirando siempre á manos llenas el dinero como medio de aumentar la confianza que necesitaba inspirar á los oponentes internos.

El día en que se vió con el agujero en el cuello tuvo un golpe verdaderamente sublime: compró el Palais Royal, e instalándose en él, consideró ya en condiciones de eludir la persecución de los más activos agentes de la policía. La calderas del yate estaban siempre encendidas; la tripulación había recibido órdenes de tenerlo todo dispuesto para partir con la velocidad máxima en un momento de aviso; el ladrón de alto vuelo confiaba, por último, en sus grandes relaciones en los puertos á donde llegaba para subir con la debida anticipación si habían sido descubiertas sus fechorías.

Fueron precisas una discreción absoluta, gran prontitud de acción y la presencia de un destacamento de guardias marítimos alrededor del yate, para que el supuesto gran señor no intentara fug



